

LEGALISIERUNG JETZT! Por el derecho a la vida digna*

Miles de migrantes indocumentados luchan en contra de estructuras neocoloniales de explotación, precarización y discriminación. En Berlín sus demandas resuenan con las de las personas migrantes que en distintos lugares del mundo sostienen la misma lucha: el derecho a la vida digna y autodeterminada. Aunque también son historias de desarraigo, ante todo son de resistencia y dignidad que convierten el individualismo en colectividad, la indolencia en solidaridad, el silencio en grito, la rabia en energía movilizadora, y que exigen, no caridad, sino el goce de sus legítimos derechos.

Dalila Muñoz Lira

Es febrero cuando un pequeño pueblo fronterizo llamado Colchane de pronto hace noticia en Chile. Distintos titulares usan la combinatoria "crisis migratoria" para definir la situación: cientos de migrantes, principalmente de Venezuela y Colombia han cruzado la frontera boliviana-chilena sometidos al frío de la noche en esa zona donde no hay más que desierto y pampa, enfrentándose a las mafias fronterizas, sobreponiéndose a los miedos y desafiando incluso a la muerte para llegar a Chile. Algunas no lo logran.

Es febrero, y yo me encuentro en Berlín. Soy migrante, y mientras tengo que escribir sobre las huellas de Latinoamérica en Berlín, me entero de un vuelo en el que Sebastián Piñera, presidente de Chile, deporta a 138 personas. La deportación más grande del último tiempo. La mayoría se había autodenunciado a la espera de una visa humanitaria. La misma que Piñera había prometido unos años atrás en un acto propagandístico que distinguía a los buenos de los malos gobiernos, y de paso, al buen del mal migrante: la "visa de responsabilidad democrática". Visa que, aunque suponía una agilización del trámite para las personas venezolanas, dificultaba el mismo para las haitianas.

Se me hace raro escribir sobre las huellas de Latinoamérica en Berlín en medio de este revuelo noticioso. Pero hay un punto de encuentro entre esta historia y la de la que quiero hablar: la migración. Y una en particular: la de las personas ilegalizadas y su lucha por la regularización.

Vuelvo atrás.

Es un frío día de noviembre, de cielo oscuro y viento fresco. Pero en las afueras de Hauptbahnhof, la estación central de Berlín, un grupo de personas interrumpe el rutinario otoño berlinés para llenarlo de color y calor. El morado tiñe la velada y se hace presente en el vestuario y en el logo convocante: "Legalisierung jetzt!", ¡regularización ya! La música que se escucha desde las proximidades de la estación, guía las coordenadas del lugar del encuentro, a la vez que invita a transeúntes a detener el paso. Conocí la campaña a través de Llanquiray Painemal, a quien vi por primera vez en una marcha del 8M hace varios años atrás cuando vine de visita a Berlín. En esa oportunidad capturó mi atención por una pancarta: "La represión tiene

nombre de mujer: Michelle Bachelet”. Probablemente ella no lo recuerda, pero nos acercamos a preguntarle si era chilena: “Mi pasaporte es chileno, -respondió-, pero yo soy mapuche”.

La convocatoria a la que asisto y a la que Llanquiray me invita se llama “Perreo combativo”. Un evento que en su invitación proponía: “mover nuestros cuerpos como herramienta de lucha, para visibilizar a las personas ilegalizadas en Alemania”. Y a mí me hace eco con la maravillosa frase de Emma Goldman: “Si no puedo bailar, tu revolución no me interesa”. Una frase potente y bella que, aunque no fue dicha de tal modo, apelaba a la autonomía para decidir y definir el modo de protesta. Reivindicativa de aquello que -simbólica y físicamente- ha sido y sigue siendo objeto de explotación: nuestros cuerpos.

“Mover nuestros cuerpos como herramienta de lucha”, resuena en mi cabeza mientras observo a les activistas de esta *Tanzaktion* y reconozco a un “nosotras”. Mujeres poseedoras de cuerpos históricamente oprimidos, anulados, explotados, sometidos a los deseos de un otro. Nosotras y nosotres, claro, pues en el intento por normar nuestros cuerpos se han establecido rígidas categorías estéticas y sociales respecto a su comportamiento en clave femenino/masculino que han pretendido normar incluso cómo nuestros cuerpos deben moverse en el espacio privado y público. Nosotres, poseedores de cuerpos migrantes que llevamos las marcas de un origen diferenciado, inscrito en nuestra piel, rasgos, color de pelo; en nuestra habla y acento que hace manifiesto un origen allende las fronteras germanoparlantes. Nosotres, cuerpos migrantes, usados aquí y allá -Alemania y Chile-, en la primera línea de la batalla, a propósito de la pandemia. Y esta no es una comparación pretenciosa, sino lo que pareciera ser una constatación de la condición humana: la facilidad que se nos da para explotar, para precarizar, para jerarquizar, para diferenciar a un nosotres v/s otros.

“Legalisierung jetzt” es el nombre de la red tras esta intervención, una acción que realizan en el espacio público mujeres y disidencias sexuales, de mayoría migrante o con una historia de migración. Pero sería injusto no mencionar que tras la campaña hay distintas organizaciones y personas: alemanas, migrantes con y sin papeles y refugiadas. Una campaña impulsada por un colectivo que lleva más de 20 años solidarizando con las mujeres sin papeles, como enfatiza Llanquiray. Sin embargo, lo que a mí me llama la atención es la fuerte presencia latinoamericana, mujeres en su mayoría, y el modo de hacer resistencia; resistir desde el cuerpo y con el cuerpo.

En abril del 2019 “Respect Berlin” y “Solidarity city Berlin” se propusieron visibilizar la situación de les migrantes sin papeles, exigiendo su regularización. Bajo esta acción nace “Legalisierung jetzt”, asociación que ha desplegado diversas estrategias para visibilizar la situación de las personas ilegalizadas, recrudescida en el escenario pandémico. Muchas quedaron sin trabajo, algunas sin casa, y otras incluso, con problemas para abastecer su comida diaria. Pero ahí, la solidaridad entre migrantes y alemanas ha permitido sostener espacios autogestionados que han funcionado como lugar de acogida. En “La Casita” convergen mujeres de África, Latinoamérica e Irán. Mujeres que por distintas razones llegaron a Alemania y que se desempeñan principalmente en las labores de cuidado y limpieza, sin contrato, sin seguro laboral, de salud o social.

Simbólicamente la campaña fue inaugurada con una conferencia de prensa el “12 de octubre, día de la resistencia”. La colonización extendió sus garras no sólo a América, sino a África y Asia, empobreciendo a varios de los países explotados mientras aquí, los países colonizadores, enriquecían sus arcas a costa de otros cuerpos. Antonia, boliviana aimara, señaló este paralelo en el acto conmemorativo del 12.10 en Hermannplatz: la explotación del pasado tiene continuidad en el presente; hoy son los migrantes quienes en su mayoría se desempeñan en trabajos precarizados. Por ello, alzando la voz, denunció que la migración ha sido forzada por la pobreza en la que quedó gran parte del sur global tras siglos de explotación en esos territorios, empujando a sus habitantes a mirar nuevos horizontes en la búsqueda de un mejor pasar.

Aunque el objetivo de la campaña es la regularización de todas las personas indocumentadas, hay dos peticiones concretas que para Llanquiray serían un punto de partida. La primera, es la aplicación del párrafo 23.1 que permitiría a algunas personas obtener una visa por razones humanitarias. Pero, también -enfatisa-, urge la derogación del párrafo 87, que obliga a las personas que trabajan en el sector público a denunciar a las personas indocumentadas que solicitan algún servicio en estas instituciones. En otras palabras, las instituciones estatales promueven un sistema que incentiva la denuncia y acusación, una vez más, de la otredad. Como si Alemania no tuviese una larga historia de esta práctica, donde lo que se actualiza es la denominación de lo “otro”.

Hoy me encuentro en otra acción. Ha pasado un tiempo desde la última vez que nos vimos con Llanquiray, el 25 de noviembre, día que conmemora la eliminación de la violencia contra la mujer y en la que Llanquiray desde el *Lauti* recordó: “Hay mujeres en Alemania que han sido ilegalizadas y eso significa que no pueden hacerse parte de esta demo, porque si fuesen controladas serían inmediatamente deportadas”. El relato de Llanquiray es concordante con los testimonios de Ana, María, Amarilis y Luz. El miedo aparece como una constante en su vida cotidiana. María, de México, señala cómo el miedo a olvidar su tarjeta de transporte, la lleva a verificar varias veces su tenencia, incluso después de haber comprobado que la trae consigo. En caso de que fuese controlada y no tuviese su *Monatskarte*, no sólo se somete a la multa, sino a una más que posible deportación. También relata una experiencia de violencia de género que la hizo sentir impotente. Tuvo que desistir de la denuncia, pues eso hubiese implicado probablemente para ella un castigo mayor que para el victimario.

Es 25 de febrero. Una nueva convocatoria me trae a la Berhard Weiß-Straße, afuera del senado de la juventud, educación y familia. Hoy es el último día para que padres y madres inscriban a sus hijos en las escuelas de Berlín. Un derecho garantizado para niños desde los 6 años de edad, una obligación inclusive. Pero la manifestación busca denunciar que en la práctica la situación es otra, quedando a criterio de funcionarios la admisión de menores sin documentos. La situación alcanza niveles absurdos, variando el criterio conforme al ánimo, disposición, buena o mala voluntad de trabajadores. A veces se exige el *Anmeldung*, en otras ocasiones el seguro médico, o en algunos casos, denuncian las madres, hasta la solicitud de una cuenta bancaria. La situación de las personas indocumentadas imposibilita la obtención de cualquiera de estos

documentos. Por ello, en la práctica, y ante la frustración de madres y padres, no siempre les menores pueden asistir a la escuela.

Poco a poco algunas van perdiendo el miedo. La experiencia límite de la pandemia empujó a varias de ellas a sacar la voz, poner el cuerpo, hacerse visibles, hablar fuerte y manifestar sus demandas. Antonia, la misma que representó a sus compañeras en octubre en la Hermannplatz, irrumpe el espacio público, y con su voz segura y tono firme, grita: “¡No tenemos miedo, carajo!”, afirmando que no están pidiendo ningún favor, sino exigiendo sus legítimos derechos: acceso a la salud y educación, fin a la precarización de sus condiciones de vida, en definitiva, la demanda por una vida digna.

Estamos ad- portas del 8M. Ayer leí la convocatoria de la “Alliance of International Feminist”. Bajo la consigna “Nuestra vida, nuestra resistencia, rompe el silencio, rompe el sistema” se denuncia el incremento del presupuesto de Frontex, agencia europea de guardia de fronteras y costas pero, además, cómo en el contexto de pandemia se rescató a Lufthansa de la quiebra usando sus aviones para deportar a cientos de migrantes. No sólo personas ilegalizadas, sino también aquellas cuya visa no fue extendida; o solicitudes, que luego de largo tiempo de espera fueron rechazadas por el macabro sistema de priorización de países que pueden optar a visas humanitarias. Alemania, país que se levantó gracias al trabajo de su ciudadanía, pero también de les *Gastarbeiter*innen*, y miles de migrantes, le da la espalda en medio de una de las pandemias más cruentas de los últimos años. Del mismo modo, Chile, país donde miles de personas producto de una cruel dictadura tuvieron que exiliarse, siendo Venezuela uno de los destinos de acogida, opta por mostrar también su cara más cruel.

* Agradezco la confianza de Ana, Amarilis, Antonia, Ayleen Luz y María por sus testimonios. También a Llanquiray Painemal quien revisó este escrito, precisando algunos datos.

* Los testimonios fueron obtenidos en el marco de la documentación audiovisual para el Rayuela Kollektiv, donde participo.

Más información sobre Legalisierung Jetzt!:
<https://legalisierungjetzt.net/>





Quelle für alle Fotos: Dalila Muñoz Lira

